
ACTING OUT: UN MEDIO DE COMUNICACIÓN EN EL ANÁLISIS DE ADOLESCENTES Y NIÑOS.

La fisionomía del proceso psicoanalítico en la adolescencia varía de acuerdo con el momento del desarrollo cronológico. Los jóvenes que están en la primera etapa de la adolescencia, cercanos al final del período de latencia, se caracterizan por el aspecto mixto como presentan el contenido de su mundo interno. La comunicación durante las sesiones tiene el predominio de elementos verbales, aunque todavía necesitan el apoyo lúdico, mediante el cual realizan las proyecciones de contenido inconsciente usando para eso los dibujos, juegos, sueños, dramatizaciones y actuaciones (*acting out*). Los adolescentes con más edad que los anteriores se comunican con lenguajes verbal y no-verbal. Éste último engloba las dramatizaciones, que tienen un contenido simbólico y manifestaciones por medio de la conducta que contiene elementos de comunicación preverbal. Entre ellas está el *acting out* (actuación). Muchas veces esas manifestaciones son de carácter defensivo, pero no se puede tomarlo como regla fija.

Es importante recordar que cualquier mecanismo psíquico puede convertirse en un elemento defensivo, dependiendo de la función y de la intensidad con que se manifieste en la relación. Una acción puede ser defensiva para un sistema y estar al servicio de la comunicación en otro sistema o nivel de estructura yoica. Una acción que exprese un ataque al pensamiento del analista, en cuanto capacidad de formular pensamientos, puede ser índice de una búsqueda desesperada de “apego”, de formación de vínculo, de miedo al espacio vacío. El control omnipotente del objeto externo, en vez de tener un carácter exclusivamente destructivo, también es una vía de expresión de la importancia del relacionamiento con el objeto real externo en la organización del mundo interior.

A medida que el adolescente evoluciona cronológicamente, el material lúdico se hace menos necesario por el desarrollo de nuevas aptitudes cognitivas y comunicativas. El uso de juegos puede todavía persistir como una forma de transición, que a veces adquiere el papel de objeto intermedio, transicional, entre la verbalización simbólica y una comunicación apoyada en elementos concretos.

Las actuaciones, independientemente de la edad, continúan y son una modalidad de comunicación. Ellas tienen la propiedad de atenuarse con el desarrollo de una capacidad más grande de transformar la liberación directa de la pulsión en pensamiento. Las características del mundo mental del adolescente referentes al proceso de identificación fueron descritas en el capítulo 3. Tal como fue expresado, las actuaciones son frecuentes manifestaciones de la vida mental en esa época de la vida, y son identificables por medio de la conducta del joven.

En el análisis de adolescentes y niños, a menudo el analista tiene que vivir situaciones de gran impacto emocional, impulsivas, violentas, que lo afectan directamente.

Pueden ser manifestaciones verbales, pero generalmente son actitudes motoras que ponen al analista y al analizando en una relación tan directa que pueden llegar, inclusive, al contacto corporal. Esos comportamientos pueden tener múltiples funciones en la relación transferencial: control omnipotente de la relación, miedo a la pérdida del objeto libidinal, tentativa de perturbar la capacidad de pensar del analista, etc.

Yo considero que en cualquiera de esas situaciones siempre hay una comunicación. Algún mensaje inconsciente está presente aunque la actitud manifiesta tenga un carácter voluntario e intencional. A ese fenómeno se le da el nombre de *acting out* y está presente en todos los análisis, en especial de niños y adolescentes. El uso de esa expresión inglesa está consagrado en el medio psicoanalítico brasileño.

En el presente trabajo, usaré ese término para denotar, únicamente, las manifestaciones que ocurren dentro del *setting* analítico. Es un fenómeno frecuente en el niño muy chico y tiende a disminuir con la evolución de la edad, recrudesciendo en la adolescencia. En los casos más graves, o sea, psicosis, caracteropatías y *borderline*, el impacto del *acting out* se hace sentir.

Sin embargo, en niños muy chiquitos y latentes, no es un atributo que indique gravedad porque lo encontramos en pacientes razonablemente equilibrados. En la adolescencia esas manifestaciones son frecuentes debido a la aparición maciza de los núcleos primitivos durante el proceso de identificación. Cuando el *acting out* se produce de una forma intensa y repetitiva, puede servir como una señal de alerta ante una personalidad con alto riesgo de estructurarse de manera psicopatológica.

Hay autores, como Etchegoyen (1987), que consideran al *acting out* como una patología que bloquea el proceso psicoanalítico. El *insight* y la elaboración representan, para el autor mencionado, los propulsores del proceso. Yo prefiero comprender el *acting out* como una manifestación del proceso primario, ya sea ocupando una función defensiva o como un medio de comunicación de los estados primitivos de la mente cuya comprensión logrará alcanzar al *insight* y la elaboración.

Se trata de situaciones muy difíciles de trabajar, pero al mismo tiempo son muy ricas en significados. Éstos no siempre pueden ser traducidos en palabras en razón de expresar situaciones presimbólicas, o por el comienzo de la representación de la vida afectivo-emocional en que el self y el objeto se encuentran diferenciados de manera insuficiente.

A continuación trataré sobre mi experiencia y las ideas que tengo al respecto del *acting out* como forma de comunicación preverbal. La expresión preverbal se refiere a una manera de comunicación no-verbal que antecede a la forma verbal dentro del proceso evolutivo del desarrollo. La comunicación no-verbal, como la dramatización, contiene un lenguaje interior simbólico.

El *acting out* es un fenómeno psicológico que aparece en la transferencia, como una defensa o al emerger sentimientos muy primitivos. Se trata de pacientes cuya capacidad simbólica se encuentra poco desarrollada o regresada a estados mentales en los que la vía motora se convierte en medio de expresión de los afectos y del pensamiento.

Debemos recordar que Piaget (1990) se refiere al pensamiento sensorio-motor como la primera etapa del desarrollo de las capacidades cognitivo-afectivas. Considero que, en esa fase, la actividad motora participa intensamente en la expresión de los afectos, de la vida intelectual y antecede a la comunicación simbólica.

F. Klein y Debray (1975) definen al *acting out* como siendo actos impulsivos que traducen la emergencia de lo reprimido sin elaboración secundaria.

W. V. Silverberg (1955) entiende el *acting out* como una forma de resistencia, un ataque al proceso de pensar y una dramatización manifiesta de una transferencia.

M. Klein (1932) señala que la “inhibición de las tendencias epistemofílicas, la represión de la vida imaginativa, la incapacidad para tolerar frustraciones y la adaptación excesiva a las exigencias educativas, favorecen el *acting out*”.

Para Laplanche y Pontalis (1973), “En el surgimiento del *acting out* el psicoanalista ve la señal de la emergencia de lo reprimido” y agregan que “si por un lado esas acciones contienen una tentativa de ruptura de la relación analítica, es mediante la comprensión del contenido afectivo que se puede dar prosegimiento al proceso analítico”.

Anna Freud (1968) sostiene que el concepto de *acting out* en el niño pierde mucho de su significado, especialmente en los niños de corta edad, quienes no cooperan con la libre asociación y raramente con la interpretación de sueños, siendo factores muy importantes en el proceso que permiten recordar las experiencias pasadas. Esos niños, antes del período de latencia, son incapaces de guardar los impulsos dentro de la esfera psíquica. Al contrario, no piensan, no hablan, pero reaccionan de manera motora, siendo éstas las formas legítimas de expresión y comunicación que tienen. La autora mencionada considera, esas características, como adecuadas al comportamiento de los niños y las clasifica, antes del período de latencia, como *Acting out patients*. En esos casos, el fenómeno es determinado por el desarrollo y no tiene el mismo significado que se le da en épocas posteriores de la vida.

Yo considero que se puede extender ese concepto hasta incluir a los adolescentes, especialmente cuando ellos se encuentran en el auge de la crisis de identidad. En esos momentos, lo primitivo emerge y se entrelaza con los aspectos actuales de la personalidad. Para ilustrar mejor esas ideas, sugiero la lectura del caso de un adolescente que se presenta en el capítulo 10.

Ejemplifico también relatando trechos de sesiones de análisis de Alberto, un niño de 8 años de edad cuyo caso se conoció como “el caso de las galletitas”, presentado en el XXXV Congreso Internacional de Psicoanálisis de IPA (International Psychoanalytical Association), Montreal, 1987.

CASO CLÍNICO

El paciente permaneció en análisis durante aproximadamente cuatro años, al principio con cuatro sesiones por semana y después fueron reducidas a tres. Alberto fue llevado para análisis en razón de presentar trastornos de comportamiento, siendo de carácter antisocial: insubordinación, rebeldía incontrolable, negación de aceptar las reglas habituales de convivencia, voraz, obeso, agitado, autoritario, violento y ansioso.

Sin embargo, se portaba de una manera cariñosa, tierna, amable, seductora y obediente hasta lograr sus objetivos. En los últimos años, pasó por varias escuelas, de las que fue expulsado debido a las dificultades para adaptarse a las normas. Reaccionaba violentamente cuando lo contradecían. Era el primogénito de una prole de dos. Su hermano, cuatro años más chico, nació después de tres abortos que sucedieron, respectivamente, a los tres, cuatro y cinco meses de embarazo. Fue el primer nieto tanto de la familia paterna como materna.

Alberto empezó a preocupar a los padres alrededor de los seis años de edad, a consecuencia de su agitación, coincidiendo con el inicio de la vida escolar. Era rebelde, se aislaba de los otros niños y no compartía sus cosas con sus compañeros.

Su hermano nació prematuro, de siete meses, y tuvo que tener cuidados especiales. Después del nacimiento de su hermano, la agitación y desobediencia de Alberto empeoraron. Involucionó en su comportamiento, perdiendo el control urinario nocturno. Él se resintió de esa situación y aumentó su ansiedad. Comía excesivamente, convirtiéndose en un niño obeso. El rendimiento escolar bajó notablemente, empezando así una larga peregrinación por varias escuelas. Los padres buscaron una atención personalizada, de corta duración, recurriendo enseguida a mis servicios.

En nuestra primera entrevista, ellos se manifestaron preocupados con el hecho de que Alberto demostraba placer en despreciar a chicos y adultos, especialmente cuando se daba cuenta de que su actitud perturbaba al otro. Era muy pegado a la madre. Estaba en constante conflicto con ella mediante demandas y desafíos. Con el padre, severo y autoritario, su comportamiento era más adecuado.

En la tentativa de adaptarlo a la convivencia social, los padres usaban diversos métodos correctivos y educacionales. Parecía que Alberto no sentía culpa o arrepentimiento por los problemas que ocasionaba. Lloraba con suma frecuencia. Reaccionaba con violencia física, robos, fugas y mentiras. Era muy agresivo con el hermano, a quien consideraba como el preferido de los padres. Por ser inteligente tenía un razonable rendimiento escolar, a pesar de los trastornos que padecía. Sus padres eran religiosos, no ortodoxos. En las clases de religión tenía una mejor adaptación.

Durante las primeras sesiones, llevaba a su madre a la sala de análisis. Se mostraba como un niño indefenso, dependiente, no pudiendo soportar la separación. Había un juego entre la madre y el hijo, en el cual ella insistía para que él le contara lo que había dicho fuera de la sesión y él, al mismo tiempo, le pedía a su madre que hiciera lo mismo.

El clima, entre ambos, era de aparente enamoramiento ante el temor por el extraño que estaba presente en ese lugar, camuflando un aspecto más profundo, de gran tensión.

Al ser vencida la primera etapa de análisis, moduladas las primeras ansiedades, otros aspectos de Alberto fueron apareciendo: agresivo, despótico, tirano, seductor, competitivo e insaciable. Dibujaba muy poco y casi no jugaba. Permanecía por largos períodos frente a su caja sin saber qué hacer. Constantemente me pedía sugerencias, que yo interpretaba como el deseo de corresponder a lo que Alberto juzgaba que eran mis expectativas que yo tenía sobre su persona. Era más o menos como reproducir conmigo las expectativas de ser el primer hijo y el primer nieto. Luego empezó a manifestar situaciones hostiles, tales como tirar objetos por la ventana ya sea en respuesta a alguna frustración o por la cercanía de la finalización de la sesión de análisis. Las angustias ante la perspectiva de separación eran muy evidentes. Se presentaba una gran amenaza: ceder su lugar a otro paciente, justo otro niño, al cual había visto en la sala de espera.

A Alberto le gustaba jugar con el agua, pero no aceptaba límites. Quería inundar la sala, ahogar a todo el mundo. Eran situaciones vinculadas con nacimiento y muerte, probablemente asociadas a los abortos de la madre, al nacimiento del hermano y a la falta de continencia. La excitación y los ataques crecían en intensidad y eran dirigidos directamente a mi persona, manifestando de manera clara sus defensas maníacas.

Parecía que sentía un placer sádico en movilizarme para contenerlo físicamente y transformar la relación en una lucha entre perro y gato. Las interpretaciones, en ese sentido, se ligaban a fantasías de sentimientos de incorporarse e incorporar al cuerpo materno, de envidia y destrucción del pene poderoso del padre, de destrucción de los bebés amenazadores. Además tenía el deseo de controlar mis sentimientos, mi cuerpo, el placer de penetrar en mí, no solamente representado todo esto mediante las tentativas de inundación de la sala, sino también por las patadas, escupidas, interrogatorios e insultos.

En la relación transferencial se podía observar el deseo de recibir toda la atención, como también su temor de perder al objeto amoroso. Las reacciones eran violentas y furiosas. Al parecer los *acting outs* tenían la intención de perturbarme, distraerme, de interrumpir mi flujo asociativo, en síntesis, atacar mi capacidad de pensar. Tal vez, se tratara de una reacción defensiva contra la percepción de su mundo mental primitivo.

También era el medio por el cual podía expresar las angustias primitivas de carácter oral y anal sádicas. La actividad lúdica dentro de la sesión era intensamente dramatizada. Yo buscaba disimular el carácter hostil, frente a las actitudes concretas de agresión, como cuando dramatizaba ser un superhéroe cruel, mediante una canción de cuna suave, abrigándolo con mis brazos, de manera firme y cariñosa, como si estuviera protegiendo a un bebé desamparado.

Esas actitudes seguidas de verbalización le permitían a Alberto el poder dramatizar situaciones muy regresivas, en las que él representaba ser un bebé insaciable. La verbalización se daba cuando era posible, es decir, cuando había en mí un espacio mental para elaborar y transmitir la comprensión ocurrida. Parecía que él buscaba una adherencia constante en términos de encontrar, concretamente, un continente, un analista-madre que pudiera recibir y modular sus angustias, para llegar a construir -mediante la relación analítica- nuevos relacionamientos con sus objetos internos. El miedo a la pérdida de la

condición mencionada le desencadenaba reacciones de extremada violencia, las que yo creo que eran sentimientos o emociones ligados a las fantasías inconscientes muy primitivas y que solamente podían ser expresados mediante el *acting out*.

La primitividad de los contenidos, como también la baja capacidad de simbolización para vivencias ocurridas en momentos prematuros del desarrollo evolutivo, no encontraban otros medios de expresarse.

Miller de Paiva (1968), en su trabajo “Actuación Transferencial o *Acting Out*” sostiene que “el niño, a medida que madura, reduce su actividad motriz porque obtiene *insight* y sentido de la realidad. Para restringir la actividad motora, el individuo aprovecha el desarrollo de la ideación. La actuación, a veces, funcionaría simplemente como la repetición de una etapa del desarrollo ontogenético en la que el inconsciente solamente tendría al acto como única forma de expresión”. Esos hechos se confirman, de manera integral, en mi experiencia analítica.

A partir de la etapa en que Alberto pudo empezar a dramatizar, el frágil y amenazado bebé que existía dentro de sí tuvo una exacerbación en frecuencia e intensidad en la producción del *acting out*.

La angustia vivida en la relación transferencial, como también las reacciones contratransferenciales, reflejaban el intenso caos interior por medio de las poderosas identificaciones proyectivas masivas (Bion, 1965).

Algunos aspectos del paciente parecían favorecer la producción del *acting out*: miedo a la pérdida del control omnipotente, poca tolerancia a la frustración, temor a la pérdida del objeto amoroso, enfrentamiento con la realidad de no encontrar, en el analista, la realización de sus deseos y la imposibilidad de rescatar, en algún sitio de su universo, a los padres idealizados. Estas situaciones me invadían, estando cargadas de intenso odio y placer sádico, y además intentaban colocarme en reales dificultades.

Alberto, cuando terminaba la sesión, desarrollaba un ritual de esparcir por la sala el contenido de su caja o me ensuciaba con tinta o agarraba alguna cosa de la sala y salía corriendo por el consultorio. Cualquier tentativa de interpretación o de interdicción solamente producía el efecto contrario, aumentando las actuaciones.

Por más que yo me controlara, en el sentido de no dejar aparecer mis sentimientos, él los percibía y ésa era su victoria. En algunas ocasiones no existía discriminación entre el analista y el analizando. Las identificaciones proyectivas eran de tal intensidad que no se discriminaban los aspectos psicóticos ni del uno ni del otro. Quedan dudas de si eran aspectos de Alberto colocados en mí y vividos contratransferencialmente o si eran aspectos míos detonados por las actuaciones del paciente. Se vivían momentos en los que parecía que no existía una diferencia entre los dos individuos, entre un universo y el otro, entre mundo interior y exterior.

Mediante las externalizaciones, considero que el niño puede entrar en contacto con su mundo interno primitivo y más evolucionado. En los momentos regresivos, de mayor

ansiedad, se hace difícil que él pueda discriminar lo que es interno y externo, el mundo de fantasía y el real, lo primitivo y lo evolucionado. Él vivencia en la transferencia, concretamente, sentimientos y fantasías que nutre por el self, objeto y self-objeto indiscriminados.

En esas situaciones el paciente puede tomar consciencia y discriminar lo interno de lo externo, las diversas partes que componen su universo mental en esa circunstancia, lo que abrirá condiciones para llegar a una mejor integración de su personalidad.

Meltzer (1971) afirma, en *El Proceso Psicoanalítico del Niño y del Adulto*, al referirse a la organización del espacio vital del niño, que “las relaciones internas están en flujo constante, pero la diferenciación entre interno y externo está constantemente enmascarada por la externalización de la situación interna y por su transformación en *acting out*”. Luego, agrega: “El flujo en las relaciones internas y la fluidez de transición para el *acting out* están a la orden del día en los niños, y exactamente ese flujo y esa fluidez son las principales facetas de su disponibilidad para el acercamiento analítico”.

La incapacidad de Alberto para hacer las discriminaciones era transitoria y momentánea. Con la disminución de las ansiedades persecutorias y la recuperación de la capacidad de pensar, se podían interpretar las fantasías inconscientes. Los sentimientos de triunfo eran evidentes al igual que sus proyecciones en el sentido de que el vacío, el fracaso y el dolor se quedaron en el analista.

Con la regresión y en el *splitting*, aparecían perturbaciones del sentido crítico y de discriminar la realidad, dando la impresión de haber una grave perturbación mental, confirmando así las observaciones de Greenacre (1971). En mi experiencia analítica con niños pequeños, en período de latencia o adolescentes, esos aspectos pueden ser transitorios hasta que ellos puedan representar sus conflictos mediante la actividad lúdica y verbal.

En relación a la transitoriedad de las actuaciones, Koch y Blay Neto (1967) afirman que “el *acting out* es una actuación temporal y desarmónica, en la que hay una regresión parcial de la personalidad” lo que, según veo, en el niño y en el adolescente, no son señales patognomónicas de gravedad estructural de la personalidad.

Con eso quiero decir que, a pesar de la intensidad y violencia del comportamiento manifestado, tales expresiones pueden ser frutos de un yo frágil, regresado, o la acción del superyó rígido y exigente, pero eso no implica rigidez estructural. La confirmación de esa hipótesis está en la observación de la facilidad con que los niños y adolescentes entran y salen de ese estado, como también por las transformaciones que ocurren mediante las interpretaciones y los *insights*.

También pude observar que los *acting out* tenían un significado defensivo, producto de las angustias persecutorias surgidas al encontrarse con lo nuevo, sugiriendo que los cambios de estado mental, cuando son seguidos de un gran impacto emocional, favorecen la aparición de actuaciones.

Al acercarse el fin de la sesión aparecía en Alberto un intenso odio, el que aumentaba por el hecho de que su espacio sería ocupado por “su hermanito” de análisis, como también por sentir la impotencia de no poder impedir mi deseo de terminar la sesión. En ese preciso momento, su comportamiento parecía expresar el deseo de dejar algún resto en mí, o de llevar consigo algo de mi persona. Era como si antes de partir, tratara de ocupar, concretamente, un espacio en mi mente por medio de destrucción, robo y fuga.

Con el *acting out*, Alberto exteriorizaba los aspectos de la dinámica de su mundo interior, como intentando -de manera objetiva- ampliar su espacio mental y al mismo tiempo experimentando aspectos de su identidad.

Esos elementos emocionales con los que procuraba impregnar la mente del analista parecían contener los intensos componentes sádicos y coprofilicos, asociados a deseos amorosos de poder pegarse a mí, en una fusión, como si uno fuera parte del cuerpo del otro.

Quizás se trate del estado mental que Meltzer (1975) llamó como “identificación adhesiva”. La concreción de esas acciones tendía a ocupar un espacio real en mi mente. Aunque yo interpretara o intentase poner límites, o le explicara las ventajas que podría llegar a tener buscando otras vías de expresión y otro modo de relación por medio del dibujar, jugar o hablar, todos mis esfuerzos no colaboraban en disminuir el *acting out*.

Me di cuenta de que mi actitud mental de continencia tenía un efecto interpretativo. Eso se daba al transformar la agresión en algo soportable, descaracterizándola como agresión mediante la transformación en una actividad lúdica y amorosa, sin dejarme contaminar con el ritmo acelerado que él intentaba darle a la sesión. Mi respuesta inconsciente funcionaba como un medio de comunicación y expresión de mi contraidentificación proyectiva.

Esos *acting out* también contenían mecanismos defensivos maníacos, por medio de los cuales Alberto luchaba contra los sentimientos de pérdida, de castración y otros que le despertaban intenso dolor. Él me hacía sentir en la piel los sufrimientos que padecía. Considero que las vivencias de los conflictos intensamente regresivos que estaban ligados a las figuras parentales, a la dinámica de las relaciones de objetos parciales, a los mecanismos de defensa y las interrelaciones prematuras del yo entre las diferentes instancias psíquicas se exteriorizaban denunciando los puntos de no adquisición o de disminución de la capacidad discriminadora entre el mundo interno y el externo.

La expresión de las manifestaciones solamente podía suceder mediante las actuaciones transferenciales. O sea que, no todo lo que ocurría en la transferencia era reviviscencia del pasado reprimido. Muchas manifestaciones transferenciales, inclusive el *acting out*, pueden ser fruto de la experiencia del aquí y ahora de la sesión analítica.

Por otro lado, creo que el paciente, para elaborar sus conflictos y actuaciones, necesitaba encontrar a un analista que hubiera desarrollado las condiciones personales como para luchar con las situaciones primitivas: disponibilidad interna para trabajar con niños y adolescentes en situaciones intensamente regresivas, relacionadas con sentimientos de adherencia, fusión, vacío, abandono, penetrar, destrozar, angustias persecutorias, de

despedazamiento, de explosión o implosión, que precisan una importante capacidad negativa para soportar las descargas emocionales intensas. Le atribuyo un valor muy importante al análisis de los conflictos primitivos del analista como elemento de desarrollo en la habilidad de enfrentar al *acting out*.

Los analistas que trabajan con niños y adolescentes, que son pocos, acaban teniendo una facilidad más grande de acceso a las camadas más profundas del inconsciente cuando son comparados con los profesionales que se limitan a trabajar con pacientes adultos poco afectados. Otro aspecto que deseo señalar se refiere a la velocidad y al tiempo de procesamiento de los fenómenos psíquicos durante el *acting out*. En el análisis de adolescentes, pero especialmente en el de niños, hay momentos en los que los movimientos mentales del paciente son muy rápidos y llenos de condensaciones. Durante los *acting out* la intensidad de las identificaciones proyectivas y escisiones hace con que la noción del tiempo interno y la capacidad de elaboración del analista se perturben y, a veces, se contaminen con los impulsos y fantasías del paciente.

Una vez que pasó un determinado tiempo se tiene la sensación parecida con un golpe de viento que levanta mucho polvo y éste después se decanta. Con la disminución de las ansiedades tanto el analista como el analizando retornan a un estado mental con menos regresión y se recupera el proceso secundario. En ese momento los dos se encuentran más aptos para pensar, oír y hablar. Las elaboraciones, consecuentemente, son más provechosas y viables.

Algunas veces solamente la capacidad de contener, de recibir y asimilar los impulsos ya constituye, de por sí, el valor de una interpretación verbal que podrá ser completada cuando aparezca la oportunidad para tal efecto. Quizás sea algo parecido a lo que puede hacer una madre tranquila cuando toma en sus brazos al bebé que tiene una crisis de desesperación, efecto de algún mal interno y desconocido que le aqueja.

Pienso que la capacidad creativa del analista, la de encontrar en su inconsciente un camino que le permita penetrar en el mundo inconsciente del paciente, corresponde al aspecto creador de un artista. Según mi modo de ver, el saber manejarse con el *acting out* es un verdadero arte. El analista necesita habilidad, plasticidad mental, inventiva, una gran parte de buen humor, capacidad de adaptación y saber lidiar -razonablemente- con los propios aspectos narcisistas para aprovechar los aspectos comunicativos y constructivos del *acting out*.

En algunas ocasiones vinculadas con el análisis de Alberto y en otros casos en que el *acting out* se hizo presente, pude hacer uso de “aparatos técnicos” que, tal vez, puedan ser considerados como “no analíticos” pero que me ayudaron para la concreción del análisis y especialmente para el mantenimiento del vínculo, favoreciendo la transferencia positiva. En ese sentido toleré que Alberto, en ciertas ocasiones, llevara a su casa algo de la caja o de la sala de trabajo.

Una vez, Alberto descubrió que había una lata de galletitas en un armario que estaba cerca del lugar donde guardaba sus juguetes. En varias oportunidades me manifestó su deseo de recibirlas y hasta intentó apoderarse de ellas, haciéndolo a la fuerza. No dejé que

lo hiciera y su acción fue interpretada. Ese acto se repitió varias veces durante un tiempo, siempre acompañado de fuertes crisis explosivas y múltiples agresiones. En una de las veces, resolví darle algunas galletitas, sin ningún tipo de interpretación. Alberto se fue tranquilo. La misma situación se repitió y esa vez, interpreté su necesidad de poder sentir concretamente que lo querían y también de poder llevar consigo algo de mí que era bueno, que pudiera sentir, palpar, colocar dentro de sí como la leche que sale de un “pene-seno” y que alimenta al bebé.

Realicé otras interpretaciones durante el transcurso de la sesiones. Ellas se vinculaban a fantasías con los padres y los hermanos (vivos y muertos) que tanto lo amenazaban. Esas actuaciones se hicieron menos frecuentes hasta que le dije que ya no necesitaba más insistir en que le diera unas galletitas porque él podía sentir el afecto de otra forma. Le señalé que él mismo estaba capacitado para demostrar lo que sentía por mí, mediante lo que decía, y que se sentía alimentado por otros modos diferentes de las galletitas. Se alimentaba con nuestro encuentro y con el conocimiento que estaba adquiriendo de sí mismo. Era otra manera de sentir que lo querían. Después de eso, una u otra vez volvió a pedirme galletitas, pero ahora ya era un juego para ponerme a prueba o para seducirme.

Creo que esos procedimientos “no ortodoxos” en análisis, cuando son espontáneos, pueden ayudar para fortalecer el yo primitivo del paciente hasta que haya condiciones como para que se hagan interpretaciones verbales, sin que éstas sean vividas como intensamente agresivas. Se trata de la vivencia concreta, en la transferencia, de algo muy primitivo de la relación madre/bebé, en el sentido de caracterizar el sentimiento de existir, de desear, de controlar y por lo tanto, de ser deseado y amado.

La actitud de darle galletitas, aunque contenga un aspecto defensivo contratransferencial, es una comunicación preverbal comprensible para el paciente, en un momento en que la mente se encuentra regresada a estados primitivos, en los que la verbalización todavía no adquirió su significado simbólico.

Agrego que eso le sucede tanto al analizando como al analista. Es el gesto espontáneo que sorprende y comunica algo inalcanzable por la palabra. Es lo inefable de la relación analítica. En el capítulo 10, “Idioma sin Palabras: Lo Inefable de la Relación Analítica”, muestro otras manifestaciones que confirman las ideas recientemente expresadas.

Vuelvo a destacar la importancia de los aspectos contratransferenciales porque, según lo veo yo, ellos pueden ayudarnos para comprender y seleccionar la mejor manera que hay para lidiar con los *acting out*. Le doy mucha importancia a la consciencia que el analista debe tener de sí, a su disponibilidad afectiva para ser continente como también a sus oscilaciones, suscitadas por el paciente y/o producto de su propia vida emocional.

Durante el análisis de Alberto pasaron momentos en los que fue necesaria la interrupción de la sesión. Ello se debió a mi dificultad, como analista, de poder soportar la intensidad de las manifestaciones del paciente. Esa actitud, que por otra parte me frustró, contribuyó para que Alberto entrara en contacto con la realidad de los límites del analista, y

para que yo también pudiera, mediante reflexión, intercambiar ideas con otros compañeros, en propio análisis o en supervisión y así identificar los propios límites.

Muy a menudo Alberto intentaba ampliar el espacio físico del *setting* analítico. Las actuaciones de esa naturaleza fueron interpretadas como fruto de las fantasías ligadas a la incorporación, rivalidad y destrucción de las figuras parentales, proyectadas en el analista-padre, sin haber señales evidentes de transformación. Posteriormente, pudo ser identificado que esos *acting out* tenían otros significados relacionados a los deseos de ampliar el espacio mental del paciente. Alberto utilizaba ese espacio, al principio físico, en el que podía representar sus conflictos interiores hasta alcanzar un mayor desarrollo y representarlo de manera simbólica, en un espacio mental virtual.

De esa manera, cuando renunció al control omnipotente de objeto, pudo discernir mejor las diferencias entre el objeto imaginario y el real, haciéndolo a partir de la experiencia concreta. Con el desarrollo de un espacio mental, poco a poco él descubrió las ventajas o la necesidad de transformación del acto motor en acto simbólico, mediante la comunicación verbal. Para la parte perversa de su personalidad aquello representaba una pérdida pero, para el lado que lo impulsaba hacia el desarrollo, el sentirse aceptado y respetado era una gratificación inclusive en cuanto a la posibilidad de preservar el vínculo y los objetos reales.

Frente a mi percepción de las dificultades y sufrimientos que vivía Alberto durante los momentos de actuación y contraactuación, muchas veces solamente discriminados *a posteriori*, yo pude captar los sufrimientos del paciente depositados en mí. Por eso tuve la percepción de mis propios padeceres mediante los sentimientos de impotencia frente a la violencia y crueldad de sus actos, de la fuerza de su propio superyó y por medio de mis frustraciones debido a los rápidos contrastes de comportamiento y de estado mental del paciente dentro de la sesión.

A veces, aquello me llevaba a la condición de tener que resignarme frente a la realidad externa e interna, tanto suya como mía. Creo que esos sentimientos enunciados, proyectados y vividos sensorialmente por mí, traducían el mundo interior del paciente, que reverberaba en algo que también existía en mí y que, ahora, yo podía transformar en pensamientos verbales. De esa manera, para Alberto se abría la posibilidad de optar entre permanecer en su modelo habitual de relación o buscar y ampliar nuevas vías de comunicación, con medios más trabajados y simbólicos, mediante el lenguaje verbal, los dibujos, el teatro, y los juegos que poco a poco fuimos construyendo los dos.

Alberto, progresivamente, pudo jugar y dramatizar de manera más simbólica las fantasías de poder, de dependencia, de sometimiento y de autonomía mediante un juego dramatizado de rey y esclavo. La crueldad de los impulsos, la rigidez del superyó y la fragilidad del yo estaban sufriendo transformaciones. Las regresiones pasaron a ser menos intensas. Alberto ya podía hablar, dibujar y asociar de una manera más libre. Los *acting out* no terminaron pero se hicieron menos frecuentes. Su flexibilidad mental y la capacidad de representación simbólica se estaban agrandando. La vida social y escolar se hizo más estable y productiva.

En la relación objetiva con los padres todavía persistían muchos modelos primitivos de relación. Los padres, por otro lado, se negaban a recibir cualquier tipo de orientación

sistemática. Ellos empezaron una terapia de pareja y la interrumpieron por tener miedo de que ese proceso los llevara a una desintegración familiar.

Las características de la dinámica familiar me hacían pensar que uno de los aspectos del *acting out* de Alberto, en la relación con los padres, tenía la finalidad de ser una rebelión positiva. Era la única forma como él podía manifestar sus protestas en el sentido de “alertar a las autoridades vigentes”, a los padres, de que algo estaba perturbado en la relación entre ellos.

Los *acting out* también señalaban la existencia de una búsqueda de autonomía, de una lucha que, aunque era realizada con armas inadecuadas, pretendía la conquista de un espacio vital y mental propios. Representaban algo de vida, impulsado por aspectos narcisistas de preservación. No de la vida física sino de la posibilidad de sentirse un ser pensante y deseante, respetado en su autenticidad de sentimientos.

Concuerdo plenamente con Greenacre (1971) cuando destaca que la desproporción entre la verbalización y la actividad motora constituye un problema en la intervención psicoanalítica. Hay la necesidad de poner límites. No son deseables, para el análisis, intensas regresiones antes de que el yo esté más estructurado. El *acting out* no debe ser provocado. Considero que es sumamente constructivo ofrecerle al niño un parámetro objetivo de la realidad. Sin embargo, no puedo concordar en que el *acting out* sea una “patología del proceso” psicoanalítico, tal como lo defienden otros autores, de acuerdo con Etchegoyen (1987).

Cuando se manifiesta el *acting out* es importante distinguir, en cuanto a la función en la relación, que el terapeuta no puede trabajar el significado del conflicto transferencial/contratransferencial y el *acting out* cuya actuación permite comunicar e integrarse terapéuticamente, tal como lo señalan Blay Neto (1977) y Knobel (1980).

Una vez hecha la distinción entre el *acting out* útil y el desintegrador, quiero resaltar que las interpretaciones intempestivas también pueden favorecer al *acting out*. Según Lebovici y colaboradores (1963), “cuando el terapeuta se manifiesta con la finalidad de interpretar, corre el riesgo de pasar demasiado rápido el sistema de defensa, de movilizar representaciones inconscientes”, ante las cuales el paciente todavía no tiene un yo lo suficientemente organizado como para poder expresar el contenido de su vida inconsciente por otras vías que no sean el *acting out*.

Alberto, en los momentos que antecedían a la finalización de la sesión, se agitaba mucho. Las angustias y fantasías que surgían por la amenaza de separación aumentaban las manifestaciones motoras. Él tiraba al piso todo lo que había en la caja, me escupía, volcaba muebles, intentaba agredirme físicamente y se negaba a salir de la sala. Esa situación me provocaba una fuerte angustia, incluso llegó a desencadenarme un flujo interpretativo con la intención de librarme del sufrimiento, o intentar frenarlo, formándose así un círculo vicioso de actuaciones y contraactuaciones.

En otra ocasión, durante una sesión de análisis de una adolescente, después de una separación prolongada, la paciente me habló ininterrumpidamente durante más de 30

minutos. A medida que hablaba empecé a sentirme angustiado, completamente tapado, casi con náuseas. De manera imprevista la interrumpí, como si fuera un reflujo, e interpreté el acúmulo de restos emocionales no elaborados o mal trabajados durante la separación. La paciente, de pronto me retrucó furiosa: “vengo hasta acá para descargar mi camión de sandías y Ud. quiere que yo me las trague, como si fuera mi propio vómito”.

Al respecto de lo enunciado, Diatkine y Simon (1973) refieren que es “una suma de identificaciones que permite el emerger pulsional que lleva al placer y a la angustia del *acting out* durante el cual hace regresión el yo del niño”, produciendo una extinción de los intercambios verbales. Y añaden: “Esa regresión no dura mucho ya que el niño se calma”; es entonces cuando recupera su capacidad de comunicación mediante la actividad lúdica y verbal. Es muy probable que, en el caso mencionado de la adolescente, después de haber aguantado por un tiempo la condición de depositario o de “seno letrina” según la expresión usada por Meltzer (1971), yo tuve la necesidad imperiosa de “vomitar” sobre la paciente, tanto para aliviarme como para encontrar una manera involuntaria de tener acceso a las capas más profundas de mi inconsciente. La percepción de mi malestar y la consecuente contraactuación me permitieron pensar que mi reacción había sido una contraidentificación proyectiva, ante alguna vivencia de mi niño sofocado por la leche continuamente impuesta.

Otro aspecto sumamente importante es el momento de la interpretación. A menudo, la interpretación durante el *acting out* es ineficaz. En ese período se reduce la capacidad de pensar y el *insight* se ve afectado.

En el capítulo 11 presento el caso titulado “El León y el Domador”. Se trata de N, un niño de 8 años. Él se asomaba por la ventana del consultorio y gritaba, insistentemente, pidiendo socorro. Decía que ahí había un hombre que quería matarlo. Logró armar tanto escándalo que en el edificio de enfrente se encendió una luz y una persona se asomó a la ventana para ver lo que estaba pasando. Se llegó a crear un diálogo tan tenso entre esa persona y el paciente que yo me vi en la necesidad imperiosa de intervenir para aclarar la situación. Después de insistir para que N. se limitara a la sala de trabajo y una vez efectuadas las interpretaciones y siendo infructuosas, renuncié a mis tentativas de intervención. Me senté en una silla, resignado y sonriendo le dije: “creo que lo que quieres es joderme”. Después de un rato N. se dio vuelta hacia mí, sonrió con aires de triunfo y reanudó la sesión ya en un nivel lúdico y verbal.

Aunque se aborden los factores que pueden favorecer para desencadenar el *acting out*, es dable recordar la importancia de las condiciones físicas del ambiente y del material de trabajo. En el análisis de niños y adolescentes en la etapas pubertaria y nuclear, la sala debe ser adecuada para las actividades infantiles (infantil y juvenil) de tal manera que pueda limpiarse fácilmente, que la cantidad de agua pueda ser regulada, que haya condiciones para la canalización del fluido -eventualmente una pequeña pileta-, que se tenga ropa de repuesto y que los vidrios de las ventanas estén protegidos.

En el periodo de transición entre el fin de la latencia y el comienzo de la adolescencia, el paciente puede expresarse de manera verbal o aceptando algún tipo de material lúdico o expresivo (dibujo, pintura, modelado, carpintería) ofrecido por el analista.

Muchas veces prefieren un ambiente en el que ambos, paciente y analista, puedan sentirse más relajados y espontáneos, despreocupados de los cuidados en preservar la limpieza o la decoración del ambiente. Muchas veces, en esa etapa del desarrollo, el joven transita entre la sala de adultos y la de niños. De esa manera se vive el aquí y ahora de la relación analítica, las oscilaciones internas fruto de las presiones regresivas y de las que lo impulsan a desarrollarse. El material que fue elegido para el trabajo debe ser de naturaleza tal que el paciente y el analista se sientan con total libertad para manipularlo.

En el trabajo con adolescentes más grandes, las características de la sala de análisis no son tan fundamentales como en el trabajo con niños. En esos casos es más importante la persona del psicoanalista porque si hay una falta de flexibilidad y de comprensión de las características del proceso adolescente, eso sin ninguna duda será un factor que provocará la aparición de actuaciones desintegrantes. En el capítulo 6, “El Proceso Analítico”, abordé otros aspectos del trabajo de análisis de adolescentes.

Se puede decir, según creo yo, que el *acting out* es un “aprender con la experiencia” mediante el cual las vivencias concretas de fantasías inconscientes pueden -a partir del encuentro con la función continente e interpretativa del analista- transformarse en pensamiento simbólico.

Al igual que Kay (1965), considero que en el *acting out* la dramatización es concreta y realista en sus acciones. Es la tentativa de controlar la realidad inmediata y proporcionar gratificación. En la dramatización simbólica, la gratificación real es postergada, y una gratificación sustitutiva es vivenciada.

Freud (1920), en “Más Allá del Principio de Placer”, ya se había referido al hecho de que en la relación transferencial el “inconsciente, o sea, lo reprimido no presenta ninguna resistencia al trabajo curativo, por sí mismo busca abrirse camino hasta llegar a la consciencia o encontrar un exutorio por medio del acto real”. Más adelante, añade: “por medio del juego infantil, el niño trabaja aspectos de su vida que le provocan una emoción intensa”. Mediante la actividad lúdica el niño procura liberar esas emociones y de esa manera, se hace dueño de la situación. Durante el juego, el niño puede cambiar su posición en relación al hecho emocional. Puede dejar de ser víctima para convertirse en agente y así, hacer que el otro sufra lo que él sintió, vengándose en una tercera persona del sufrimiento que padeció.

Es exactamente dentro de esa visión que considero que el *acting out* puede llegar a ser comprendido, en la relación analítica, como parte de la actividad lúdica vivida concretamente durante el proceso de elaboración.

El estudio del desarrollo de la comunicación y del lenguaje en la infancia nos permite entender los aspectos de la comunicación primitiva en la relación madre/hijo, los que se repiten en la relación transferencial.

Spitz (1965), en su libro *El Primer Año de Vida*, considera que comunicación es cualquier cambio perceptible en el comportamiento, ya sea intencional o no, dirigido o no,

con la ayuda del cual una o varias personas pueden influir en la percepción, los sentimientos o las acciones de una o varias personas, siendo una influencia voluntaria o no.

Dentro de ese concepto entiendo que las identificaciones proyectivas se portan como medios de comunicación por las influencias que causan en el analista. En este momento se inserta el *acting out* como comunicación primitiva reproduciendo las manifestaciones de la vida afectiva del recién nacido, predominantemente motrices, producto de los estímulos tanto internos como externos.

En situaciones de tensión, el recién nacido descarga mediante manifestaciones emocionales difusas, motoras, gritos, llantos y reacciones neurovegetativas. Esa exteriorización no puede liberar permanentemente la tensión. El estímulo solamente puede ser sacado por una intervención específica, proveniente del exterior, tal como dar alimento al bebé, abrigarlo, mimarlo, sintiendo así el afecto y el calor maternos. La ayuda externa es necesaria. Ella se obtiene llamando la atención de alguien que eventualmente esté cerca, por medio de manifestaciones no específicas y ocasionales, usando gritos o una actividad muscular difusa.

A continuación, transcribo una cita de Spitz (1965): “De acuerdo con Freud, la vía de descarga adquiere, de esa manera, una función secundaria extremadamente importante, o sea, la de ocasionar un entendimiento con otras personas”.

El *acting out*, como manifestación de identificaciones proyectivas masivas, se inserta en el concepto de comunicación primitiva. La etología ha permitido estudiar y confrontar el comportamiento del hombre con el de innumerables animales que se comunican mediante el comportamiento, a partir de señales de posturas, sonidos, movimientos con características gestálticas (Nathan, 1983).

Los modelos de comportamiento recién mencionados no contienen un mensaje del sujeto dirigido específicamente a otro individuo. Esos modelos expresan lo que Spitz denomina como “un estado de la mente, un humor, una actitud afectiva que refleja la experiencia inmediata del sujeto”. La reacción de un segundo sujeto a la percepción de ese modelo de comportamiento puede dar la impresión de que él comprendió tal comportamiento como un mensaje dirigido específicamente a él.

Sin embargo, esa apariencia engaña. En realidad, el segundo sujeto animal reacciona solamente a la percepción de un estímulo, y no al mensaje. Cito el trecho de la obra de Spitz para basar la idea de que en las manifestaciones transferenciales y contratransferenciales provocadas por el *acting out* ocurren reacciones impulsivas sin contenido específico, en respuesta a los estímulos provenientes del paciente para que después, en un segundo momento, se pueda dar un significado al estímulo recibido y comunicarlo mediante una interpretación verbal o preverbal.

Creo que debe profundizarse el estudio del *acting out* ya que es un fenómeno psicológico de gran valor para comprender el funcionamiento mental primitivo en sus manifestaciones y en la relación transferencial/contratransferencial.

Para concluir este tema, transcribo el contrapunto realizado por Azevedo a la versión original de este trabajo, ambos publicados en la *Revista Brasileira de Psicanálise*. Las alteraciones que se efectuaron en el trabajo original para esta publicación no interfieren en la esencia del contenido original.

BIBLIOGRAFÍA.

AZEVEDO, A.M. Contraponto ao Trabalho *Acting Out*: Um Meio de Comunicação na Análise de Crianças. *Rev. Bras. Psicanal.*, volumen 21, p.509, 1987.

BION, W.R. *Aprendiendo de la Experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1965.

BLAY NETO, B. Estudo de uma Atuação no Desenvolvimento da Análise. *Rev. Bras. Psicanal.*, Volumen 11, p. 129, 1977.

DIATKINE, R.; SIMON, J. *Psychanalyse Précoce*. París: PUF, 1973.

ETCHEGOYEN, R.H. *Fundamentos da Técnica Psicanalítica*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1989.

FREUD, A. *Acting Out*. *Int. J. Psychoanal.* volumen 49, p. 165, 1968.

FREUD, S. Más Allá del Principio de Placer. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

GREENACRE, P. *Traumatisme, Croissance et Personalité*. París: PUF, 1971.

KAY, P. The acting out child. In: Grune & Stratton. *Acting Out: Theoretical and Clinical Aspects*. Nueva York: ABT L.E. & Waismann S.L., 1965.

KLEIN, F.; DEBRAY, R. *Psicoterapia Analítica da Criança*. Río de Janeiro: Jorge Zahar Editores, 1976.

KLEIN, M. *Psicanálise da Criança*. San Pablo: Mestre Jou, 1969.

KNOBEL, M. A Inclusão do *Acting Out* Terapêutico na Interpretado durante a Análise de Adolescentes. *Rev. Bras. Psican.*, Volumen 14, p. 47, 1980.

KOCH, A.; BLAY NETO, B. *O Acting Out como Expressão da Personalidade Cindida*. Estudio Comparativo Individual y Grupal. V Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo, San Pablo, 1967.

LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.B. *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Editorial Labor, 1981.

LEBOVICI, S.; DIATKINE, R.; KLEIN, F.; DIATKINE-KALIMANSON, D. Mutisme et les Silences de l'Infant. *Psychiatrie Enfant*, Volumen 6, p. 43, 1963.

LEVISKY, D.L. O Leão e o Domador. *Jornal de Psicanálise*, volumen 17, p. 24, 1984.

MELTZER, D. *O Processo Psicanalítico da Criança ao Adulto*. Río de Janeiro: Imago, 1971.

_____, . Identificação Adesiva. *Contemporary Psychoanalysis*, volumen 11, p. 289, *Jornal de Psicanálise*, volumen 19, p. 40, 1986.

MILLER DE PAIVA, L. Atuação Transferencial ou *Acting Out*. *Rev. Bras. Psicanal.*, volumen 2, p. 62, 1968.

NATHAN, T. *Psychanalyse et Copulation des insects*. Grenoble, La Pensée Sauvage, 1983.

PIAGET, J.; INHELDER, B. *A Psicologia da Criança*. Río de Janeiro: Bertrand Brasil S.A., 1990.

SILVERBERG, W.V. Acting out versus Insight. *Psychoanalytic Quart*, volumen 4, p. 527, 1955.

SPITZ, R.A. *O Primeiro Ano de Vida*. San Pablo: Martins Fontes, 1983.

O livro pode ser encontrado no endereço:

LUMEN
Rua Viamonte, 1674 – Buenos Aires – Argentina
E-mail: editorial@lumen.com.ar
